Saura, cuyas insignes virtudes fueron muy conocidas en aquella Provincia. Veneraba el P. Bueras con tiernísima devoción á aquellos nobilísimos japoneses, reliquias de los que, desterrados de su patria, Japón, por la fe de Jesucristo, llegaron á Filipinas, donde hoy han quedado algunas señoras beatas, que residen en nuestro pueblo de San Miguel, cerca de la ciudad, y señoras principalísimas, que habiéndolas sacado á la vergüenza por las calles públicas de Meaco, salieron al destierro por Cristo, las cuales en Manila, con mucha razón, son veneradas de españoles y naturales; y el P. Juan de Bueras se valía en necesidades urgentes de sus oraciones, y siendo él estimado de ellas por hombre santo; y con este mismo concepto reverenciaban al Padre los de las Provincias de China, Japón, India y Macan, extendiéndose en todas ellas la fama de sus excelentes virtudes.

Erale forzoso para visitar su Provincia el navegar por aquellos mares, en que se vió muchas veces con manifiestos peligros de ahogarse y tal vez dió deshecha en tierra la embarcación en que iba, y fué necesario sacarle del agua en hombros de la gente que le acompañaba. Otras veces se veía necesitado de pasar las noches en aquellas playas, molestado de lluvias, vientos y mosquitos, sólo con el abrigo de un petate ó estera, de que se le recrecieron muchos achaques, sin que estos pudieran retardarle los caminos y visitas, por no faltar á la obligación de su oficio y consuelo de los nuestros que le esperaban en varias ocasiones. Se puso en conocidos riesgos de dar en manos de enemigos que con poderosas armadas infestaban aquellos mares; y en cierta ocasión se halló rodeado en una playa de negros, que habiéndose huido de sus amos se habían guarecido en un monte, desde donde cometían muchos insultos y latrocinios, los cuales, armados de arco y flecha, con ferocidad de sus naturales cercaron al Padre; mas aquí su apacibilidad santa supo exhortarlos con tanta energía á la enmienda de sus vidas, que proponiéndolo y besándole la mano se volvieron á sus guaridas, contentos de haber recibido la bendición del Padre.

Cuando navegaba, hacía que se tomase tierra siempre que se podía para decir Misa; y en la celebridad de este Sacrosanto Sacrificio fué su ternura y devoción tan grande, que aun los que oían su Misa participaban de esa devoción, no sin grandes medras y júbilos de sus almas. Fué puntualísimo en las ceremonias sagradas; nunca, mientras pudo, dejó de celebrar, por más que su debilidad y flaqueza quisiera estorbárselo, y aunque se atropellasen ocupaciones no había de minorar el tiempo que gastaba en decirla, siendo uniforme en todos tiempos. Acontecióle, por no dejarla de decir una vez, caminar tres leguas á pie y por tan malos caminos, que le era preciso ayudarse de los bordones por no despeñarse, con que llegó á la una, después del medio día al pueblo; sólo con el aliento que el espíritu le daba, que ese le bastó para celebrar después de tanto trabajo.

No le embargaban las ocupaciones de su oficio para sus devociones, en tan grande número, que había menester para desocuparse de ellas, tomar del tiempo de su descanso. Fuera del Oficio Divino, rezaba el de Nuestra Señora, de quien fué hijo tiernísimo en la devoción, y deseando entrañarla en todos, cuando dejó de ser Provincial, volvió á encargarse de la Congregación que tuvo á su cargo siendo Rector. Rezaba también el Oficio de difuntos, compadeciéndose con suma piedad y afecto de las penas que en el Purgatorio padecen aquellas benditas

almas. No había indulgencia con que alguna se sacase que no la supiese y procurase ganar las veces que podía, y las que se podían aplicar para alivio de sus penas, con Misa, Rosario y Oficio Divino, y porque todos tuviesen noticia de ellas, y de lo que en bien de las almas podían obrar, hizo imprimir en México un papel que se repartió á todos, para que las conociesen. Con estos santos sufragios fué parte para que en Manila, no sólo en la Catedral, sino también en los demás conventos se tocase de noche á las ánimas, para que todos los fieles las ayudasen con sus oraciones. Con nuestro Padre San Ignacio y San Francisco Javier, fué grande la devoción que tuvo, cuyas imágenes al pie de un Crucifijo tenía delante de sí siempre que estudiaba ó escribía. En la del Santísimo Sacramento (demás de lo que habemos dicho) era tan continuo, que demás de las horas que tenía señaladas para visitarle, lo hacía en cualquier rato que se desocupaba, y parece que no acertaba á dejar la tribuna de la Iglesia por asistirle. Siempre comulgaba espiritualmente muy á menudo, imprimiendo en todos con sus exhortaciones aquesta devoción santa, y que en espíritu asistiesen á todas las Misas que á todas horas se dicen en el mundo, y así pudiese el alma en todos lugares adorar á Cristo Sacramentado. Rezaba los Rosarios de la Pasión de Cristo y de la Santísima Virgen su Madre, con muy sensibles favores del Cielo. Con las reliquias de los santos que había en nuestros Colegios mostraba la misma devoción, rezando siempre de los insignes, diciendo que muchos de aquellos santos, por no conocidos, podría ser que en toda la vida no se hiciese memoria de ellos, y que se hacía á Nuestro Señor particular servicio en dar á sus santos la veneración debida. Con gastar en estas devociones el tiempo que le vacaba del oficio, nunca le faltó para su lección espiritual, en que era puntualísimo; leyendo siempre libros de espíritu o meditación, sabía de memoria el *Contemptus mundi*, y deseoso que todos se aficionasen á su doctrina, hizo que se diese á la estampa en Manila, y los libritos de «Afición á Jesús y á María;» y para que los fieles se ayudasen unos á otros con caridad cristiana, hizo también imprimir la Carta de Hermandad y Comunicación de Buenas Obras, y el libro de ayudar á bien morir, deseando por todos caminos y modos este venerable varón, ayudar á sus prójimos y promoverlos en el servicio de Dios y provecho de sus almas.

Los mismos ejercicios de mortificación y ejemplos con que edificaba á los nuestros siendo Rector y súbdito, continuó siempre en el oficio de Provincial, siendo el primero que salía á barrer con la Comunidad, y en las distribuciones en que toda ella acudía, nunca, que no estuvo impedido, hizo falta. Lavaba los pies á los huéspedes y á nuestros compañeros que llegaban á aquella Provincia; llevaba la comida á los pobres de la cárcel y hospitales, en cuerpo, por medio de las calles, cargando las cestas de pan y ollas á los hombros, previniéndose con una escoba para barrer en el hospital las salas de los enfermos adonde acudía frecuentemente á ejercitar nuestros ministerios. Su cortesía con los súbditos y con los de fuera de casa, fué con excelencia grande; á todos agasajaba con agrado tan amoroso, que les robaba las voluntades; con los Hermanos Coadjutores se mostraba tan humano, que eran sus delicias el comunicarlos, por hallar en ellos sinceridad religiosa, adelantándolos con sus pláticas y consejos en el camino de la virtud, de que sacó muy aventajados discípulos en aquel estado.

§ IV.

Acaba su oficio de Provincial el P. Juan de Bueras en Filipinas. Señálale N. P. General para Provincial de la Nueva España, adonde poco después de su llegada remató su santa vida.

Nunca se remitía ni aflojaba en este santo varón el fervoroso celo de emplearse todo en ayuda de la salvación de las almas, conforme al Instituto de la Compañía, como hijo legítimo de ella, toda su vida; y así, acabado su Provincialato, se retiró á un pueblo de indios que estaba á nuestro cargo, donde ejercitó los ministerios de confesonario y púlpito con los alientos y frecuencia que el operario más robusto, pero poco le duró este retiro, por llamarle al Colegio de Manila, el deseo con que la ciudad le pedía para oráculo de sus dificultades, maestro de sus almas, alivio de sus aflicciones y dechado de todas virtudes. Aquí le llegó orden de N. P. General para que viniese á la Provincia de Nueva España, para que, después de haberla visitado, quedase por Provincial de ella, y aunque con atención á sus muchos achaques y sentimiento de la falta de tan esclarecido varón, se hicieron varias consultas para detenerle en Filipinas, no bastó dificultad alguna de las muchas que se le oponían, para que con humilde rendimiento no antepusiese la obediencia de N. P. General á todos estos riesgos. Dos veces se embarcó para la Nueva España; la primera arribó por las tempestades y malos tiempos en que padeció mucho, sin que los trabajos grandes de la navegación le acobardasen para hacerse á la vela el año siguiente.

En llegando al puerto de Acapulco, después de seis meses de viaje, le recibió esta Provincia con grandes muestras de amor y voluntad, venerando desde luego en la santidad conocida del Padre visitador Juan de Bueras, un Superior dado de la mano de Dios, mostrando en todas sus acciones el piadoso espíritu de su paternal mansedumbre. Todos le amaban tiernísimamente, y sentían como propios sus achaques, lastimándose de su poca salud y con no pequeños afectos de sentimiento. Aquí procedió con el mismo tenor y ejemplo de observancia que tenía connaturalizado en su espíritu. Todos experimentaron en él entrañas de Padre y deseo de que todos tuviesen consuelo y gusto, agradecido en extremo á cualquier obsequio que se le manifestase. Acudía con suma puntualidad á los ejercicios de Comunidad y se adelantaba en los más humildes de servir y fregar y barrer los sábados por la mañana, en que á la Misa de la Virgen comulgan los estudiantes de una de las clases de estudios por su orden; esas mañanas asistía el P. Juan de Bueras en el coro del Colegio para confesarlos, los cuales concurrían con frecuencia á confesarse con el Padre, atraidos de su afecto. Alegre se gozaba esta Provincia con Superior Visitador tan angelical y santo, sirviéndose Nuestro Señor de que de nuevo le llegase patente de N. P. General para que, como Provincial, gobernase la Provincia; y con esta nueva carga quiso también Su Majestad que se le fuesen aumentando sus achaques y enfermedades con tanto rigor, que le obligaron á hacer cama, acudiendo con ordinaria

asistencia los mejores médicos de la ciudad, y los de casa con singular cuidado y algunos conventos de Religiosas con muchas oraciones, pidiendo su salud á Nuestro Señor; pero llamábale ya al premio de sus muchos trabajos padecidos por ampliar su Santo Nombre en estas Provincias. Y conociendo este siervo de Dios que se acercaba ya este término de descanso de sus fatigas, se reconcilió, como para decir Misa, hallándose apenas materia para absolverle; recibidos los demás Sacramentos, protestando delante del venerable de la Eucaristía no haber hecho cosa alguna en su gobierno que no entendiese ser gloria de Nuestro Señor y servicio suyo, durmió en paz lleno de merecimientos y santas obras. Dispúsose el entierro, á que acudió lo más lucido de las Religiones, llevándole en hombros los Prelados y personas más graves de ellas. Asistió un señor Inquisidor con otros Ministros del Tribunal Santo de la Fe, cuyo calificador por la Suprema era el P. Juan de Bueras. Honráronle algunos señores Prebendados é hizo los Oficios el señor Deán de la Santa Iglesia, con la música de la Catedral. Llegaban todos á besarle la mano y pies antes de sepultarlo, derramando lágrimas de sentimiento y devoción, que por muchos días quedó impresa en los ánimos con la dulce memoria de varón tan santo. Murió en el Señor y en nuestro Colegio de México, á 19 de Febrero del año de 1646 y de edad de 64, de los cuales los 46 vivió en la Compañía, con los admirables ejemplos de Religión que quedan referidos y en el grado de profeso de cuatro votos 26, dejando muchas prendas de que se fué á gozar los de la eternidad á la gloria.

Y porque después de haber escrito esta vida vino á mis manos un papel de letra de ese santo varón, en que él mismo contó muy agradecido á Nuestro Señor por los beneficios con que su divina bondad desde su niñez le había prevenido, los cuenta muy por menudo, me pareció añadirlos aquí en la forma que los dejó escritos: «1º En el Bautismo ó antes, me cupo por Patrón el glorioso Arcángel San Miguel, como lo dejó escrito mi padre contando mi nacimiento. 2º Buena crianza de mis padres, por haber sido siervos de Dios. 3º Haberme dado Dios Nuestro Señor desde niño grande inclinación á todo lo bueno. 4º La devoción de Nuestro Señor, por cuyo medio creo se dispuso el ir yo á estudiar á Alcalá y conocer la Compañía y aficionarme á ella. 5º Siendo niño (aun no sé si tenía uso de razón), caí en una caldera de agua muy caliente, abraséme la cara, y fué misericordia de Dios el no haber padecido daño alguno en la vista. 6º Haberme traido á la Compañía de Jesús y conservado en ella, desmereciéndolo yo mucho. 7º Haberme escogido para las Indias, dejando otros mejores. 8º En la navegación del mar del Norte, me libró Dios de un gran peligro, habiendo encontrado la nao en que yo iba con otro mayor. 9º El primer día que me embarqué en Acapulco para las Islas Filipinas, un soldado de posta que andaba por el navío con prisa, me dió sin reparar con la punta de la espada sin vaina, debajo del ojo, en la misma cubierta de él, atemperando el Señor el impulso, de manera que sentí el contacto y no me hizo daño alguno, ni rasguño ó señal. 10. Yendo á la visita de Pintados, topó la embarcación con una peña que estaba cubierta con la creciente y la rompió, y fué misericordia del Señor estar cerca de un río, donde nos metimos. 11. Yendo á la visita de Pintados, también topó el navío en que iba hasta Otón, y fué Nuestro Señor servido que nadie peligrase, aunque el navío se rompió. 12. A

particular favor del Señor atribuyo haber tenido trato familiar con aventajados siervos suyos, y ser ayudado de ellos en sus oraciones en esta vida y en la otra. Otros dejo y muchísimos no conozco, doy inmensas gracias á Nuestro Señor por todos.» Hasta aquí el memorialito del santo Padre, de que se sirvió en el tiempo de los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, para encender su espíritu en fervorosísimos afectos de amor de su Dios y Señor.

LIBRO UNDÉCIMO

En que se refiere el estado y frutos de la predicación del Evangelio en las misiones que la Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España conserva entre gentes bárbaras, y los sucesos de ellas desde el año de 1644 hasta el de 1654, en que sale á luz esta historia.

HABIENDO escrito en este tomo la historia y crónica de fundaciones de Colegios de nuestra Compañía en el Reino de Nueva España, y frutos de grande edificación que con la divina gracia en ellos se han conseguido, y habiendo antes sacado á luz otro tomo que con el título de Triunfos de la Fe escribimos de nuestras misiones entre naciones bárbaras, ahora por remate y corona de esta historia me hallo obligado á escribir y referir en este último libro, lo que después acá la Divina Bondad se ha dignado de obrar por medio de nuestros operarios evangélicos que están empleados en esas gloriosas empresas desde el año de 1644 en que las dejamos, hasta el presente en que sale á luz esta historia. Porque la misericordia divina, aunque á los hijos de la Compañía se les han ofrecido grandes dificultades y persecuciones que vencer, y aun derramar algunos su sangre por llevar adelante estas gloriosas empresas, con todo, no han alzado mano de ellas, ni Dios Nuestro Señor ha cesado de favorecerlas y concederles nuevos triunfos y victorias, y esclarecidos frutos de tan santos trabajos. Y como en aquel tomo solamente escribimos lo que tocaba á aquellas evangélicas misiones, sin tratar de lo que pertenece á todo el cuerpo de la Provincia, que está repartida por todo el Reino de la Nueva España; así para este libro último habemos reservado en escribir en particular lo que en ellas se ha obrado y es digno de memoria. De lo cual también se sigue, que aunque aquel tomo salió primero, pero á éste se le debe el título de primero, por tratarse en él de la historia general de toda nuestra Provincia, y en el otro de solas las misiones, que han sido uno de sus particulares y dichosos empleos; y primero escribiré de lo su-